

El promotor cultural y la antropofagia

Jesús Vicente García



EN EL PRÓLOGO DE *LA CELESTINA*, Fernando de Rojas afirma que la vida es una constante guerra, que todos los cambios implican dolor, rompimiento; que si entre los animales ningún género carece de conflicto, entre los hombres la cosa está peor: se suceden guerras, enemistades, envidias, descontentos; en pocas palabras, no puede haber paz en el ser humano. Todo lo que toca lo deforma, lo corrompe, lo destruye. Ello se refleja en la ficción literaria, porque sólo ella percibe en el tiempo los desaguisados del ser dentro y fuera del arte y contiene, a su vez, el futuro que, si lo vemos a partir de la obra que nos atañe, no es muy prometedor.

El libro de cuentos de Orlando Ortiz (Tampico, 1945), *Última espera*, es el reflejo de la ficción en la realidad; la primera con un orden, la segunda algo torcida. Aquí, la violencia no les es extraña a los personajes que la viven en ese mundo narrado ni a los lectores; es el símbolo del siglo: nadamos entre muertos y fetidez social. Ése es el punto central en que convergen todas las historias de los cuentos de Ortiz. Como si cada paso que se diera fuese hacia atrás y no hacia delante, una especie de anclaje en las adversidades cuyo objetivo no es resolverlas sino ampliarlas.

Cuentos vertebrales

Última espera —conformado por cuarenta y seis cuentos— dibuja a nuestra sociedad corrupta y critica fuertemente las instancias dedicadas a la



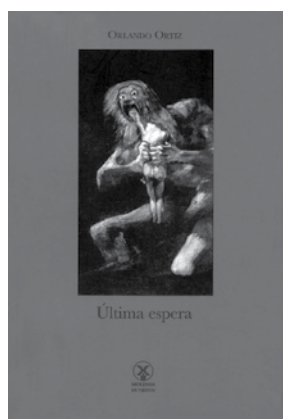
actividad cultural. A todos los enlaza el tema, mas no la forma ni el contenido; no hay unidad (como en una novela), utiliza diversos registros lingüísticos, pero también hay una serie de textos que conforman la *columna vertebral*, a partir de un personaje denominado el *promotor cultural*, señalados con números romanos del I al XI, intercalados entre las narraciones.

En estos *cuentos vertebrales*, el lector observará al promotor cultural que viaja para impartir cursos de literatura, de creación literaria, dar conferencias, llevar el gusto por las letras a los lugares más alejados espacial y socioculturalmente hablando, con resultados que el lector nunca conocerá; sin embargo, se vislumbran adversos, porque al mismo tiempo que critica el interior del ambiente literario, lo hace también hacia fuera, directo a los cánones establecidos por las mafias creadas para defenderse y/o aliarse con las otras mafias. La violencia literaria es tan sangrienta como la que utiliza armas de fuego. El ser humano se come a los otros, con y sin metáfora.

Los espacios utilizados son los hoteles y los aeropuertos, signos de viaje, de visitas fugaces en una geografía nacional e internacional, así como cantinas y restaurantes, lugares de esparcimiento y alimentación. En ese marco, en estos once *cuentos vertebrales*, el narrador se encargará de contarnos acontecimientos de los cuales es testigo y/o protagonista el promotor: un asesinato en un hotel; su aventura amorosa en Bulgaria frustrada a causa de una confusión; el hecho de no poder corregir un texto para una conferencia en

que pensaba criticar a “la nociva autocomplacencia”; el promotor descubierto por su mujer en un acto de infidelidad en un hotel de paso; su encuentro con “madrinas literarias” (personas que están en “la cultura”, pero que no saben nada del asunto); sus vicisitudes en un camión en el que viaja junto a una mujer que lleva un niño muerto; sus momentos lujuriosos con una fémica desconocida; el mal manejo del área cultural, pues al frente se hallan administrativos —y no personas dedicadas a la creación— que convierten a la literatura y al arte en banalidades; por tanto, comienza la desaparición de los promotores culturales en el año 2000.

Estos once cuentos están distribuidos entre los otros treinta y cinco; pareciera que no tienen relación con los del promotor cultural, y acaso la razón sea que maneja espacios, ambientes y contextos distintos, como el hambre, el secuestro de niños, la guerrilla, ratas que terminan con un rancho, las relaciones de pareja gastadas por el tiempo, la dejadez, la prostitución, la traición y violencia amorosas; todo ello en lugares cerrados: casas, cuartos, talleres de costura y oficinas de gobierno; conjugado con zonas abiertas: tianguis, calles y campo; y giros en las formas de hablar, que van desde lo poético hasta el albur directo y sin tapujos. A esta aparente miscelánea de textos, los unifica la corrupción y la constante guerra, “la contienda”, como dice De Rojas, porque el hombre obedece a una cadena de infortunios que se inventa todos los días para sobrevivir, en la cual hay que aplastar al otro, sea chico o sea grande, y así ascender en la atrofiada cadena de valores que ha hecho



Orlando Ortiz
Última espera
México, UAM (Molinos de Viento)
2011, 169 pp.

añicos: la responsabilidad, la honradez, la tolerancia, el respeto a la vida ajena, a las ideas, a la pareja, a nosotros mismos; eso pareciera que ya no existe más en los cuentos de Orlando Ortiz. Sin embargo, hay una esperanza, un dejo de luz que conviene mirar para no morir en la lectura. Por ejemplo, cuando aborda la intertextualidad, hace un homenaje al cuento de Augusto Monterroso, “El dinosaurio”. Juega con aquellos que han dicho que es de los mejores textos breves escritos, pero no dicen por qué; según el narrador, podría ser una broma del mismo Monterroso y que sus seguidores le copiaron. En su crítica, desbarata “la validez y supuesta excelstitud del célebre minicuento”; con todo, ve que el dinosaurio sigue allí. No le gustan las complacencias literarias, pero acepta que hay cuentos cuya calidad está a prueba de bombardeos.

Ortiz también es poeta. Hay al menos tres textos en los que el lenguaje es lo esencial, casi el asunto: compara una edición única, de viejo, con una mujer, y el lector no sabe bien a bien quién es cada cual: poesía y narrativa, objeto y sujeto, se unen. Para el autor, describir es un arte, y la herramienta de la que echa mano es la poesía. Son precisamente éstos los respiraderos del libro; el lector se sensibiliza ante el cambio de ritmo.

Cuento bisagra

“A lo lejos” es el cuento más largo, el que funciona como bisagra, porque es el punto de encuentro de todos los textos que permite girar la visión del lector en ambos sentidos, hacia delante y hacia atrás, y la

visión se expande: lo podrido germina solo, como hierba en lote baldío; por ello, contiene el tema general: lo corrompido, lo fétido. Es el símbolo de la sociedad violenta. Todo sucede en una casona olvidada, con plantas y hierbas que crecen sin límite, en donde el protagonista se refugia en momentos de miedo (el espacio exterior es igual al interior del personaje: con olvido y dejadez), en que necesita soledad y en donde conoce el sexo y la muerte. Instinto, vicio y modo de vida que cargará el resto de sus días; se come a los humanos de manera literal, es un caníbal; por tanto, hay un diálogo, además del contenido, entre la portada que ilustra el libro —que es un óleo sobre revoco trasladado a lienzo, de Francisco de Goya, *Saturno devorando a un hijo*, que tiene además fondo rojo— y los motivos que se repiten en los cuentos: somos antropófagos, nos sacamos sangre y succionamos cuellos, como vampiros del siglo XXI.

Fernando de Rojas sigue vigente en la vida y en estos cuentos: el hombre y su contienda es el destino trazado para crecer, y cada cambio es una guerra en la que el campo de batalla es la misma piel.

Es menester señalar que este es el décimo libro de cuentos de Orlando Ortiz. Su propuesta es *ficionalizar* la realidad deshumanizada en que vivimos: es la violencia al servicio de la literatura. Así que la sangre que salga de sus páginas posiblemente sea la del lector al que ya le clavaron la estaca *matavampiros*; aunque para su mala suerte, no morirá, sobrevivirá para releerse a sí mismo. ■■